

LITERATURA COMPARADA EN BRASIL: DESDE UNA PERSPECTIVA ETNOCÉNTRICA HACIA UN DIÁLOGO DE CULTURAS

LITERATURA COMPARADA NO BRASIL: DE UMA PERSPECTIVA ETNOCÊNTRICA ATÉ UM DIÁLOGO DE CULTURAS

Eduardo F. Coutinho¹

RESUMEN: Marcada inicialmente por un enfoque de carácter historicista –basado en principios científico-causalistas, propios del momento y del contexto histórico en que se ha configurado– y seguida por una óptica predominantemente formalista, que la ha dominado por largo tiempo, la Literatura Comparada pasó, desde mediados del siglo XX al presente, de un discurso cohesivo y unívoco con fuerte propensión universalizante, hacia otro plural y descentrado, históricamente situado y consciente de las diferencias que identifican a cada corpus literario en el proceso de la comparación. Aunque esa transformación se haya originado en el gran eje de los estudios comparatistas, formado por Europa Occidental y América de Norte, ha encontrado, en países como Brasil, un terreno favorable, gracias a la división muy presente en el país entre la importación ciega de corrientes de pensamiento europea y la búsqueda creciente de identidad cultural. Movido por esas cuestiones y por las nuevas tendencias filosóficas surgidas en Occidente, como la Desconstrucción, la Nueva Historia y los Estudios Culturales y Postcoloniales, el comparatismo ha dejado de lado en Brasil la perspectiva eurocéntrica que lo había dominado hasta entonces, para constituirse en un diálogo de culturas, inscribiéndose en la primera línea de frente de reflexión sobre el país.

Palabras clave: Literatura comparada; canon; comparatismo brasileño; diálogo cultural.

RESUMO: Inicialmente marcada por uma abordagem historicista –baseada em princípios científico-causalistas, típicos do momento e do contexto histórico em que se configurou– e seguida por uma perspectiva predominantemente formalista, que a dominou por muito tempo, a Literatura Comparada passou, de meados do século XX até o presente, de um discurso coeso e unívoco com forte propensão universalizante, para um discurso plural e descentrado, historicamente situado e consciente das diferenças que identificam cada corpus literário em processo de comparação. Embora essa transformação tenha se originado no grande eixo de estudos comparativos, formado pela Europa Ocidental e América do Norte, encontrou, em países como o Brasil, um terreno favorável, graças à divisão muito presente no país entre a importação cega de correntes de pensamento europeu e a busca crescente de identidade cultural. Movido por essas questões e pelas novas tendências filosóficas surgidas no Ocidente, como a Desconstrução, a Nova História e os Estudos Culturais e Pós-coloniais, o Comparatismo

¹ Doutor (PhD) em Literatura Comparada pela Universidade da Califórnia, Berkeley, EUA. Professor Titular Emérito de Literatura Comparada da Universidade Federal do Rio de Janeiro-UFRJ. Membro fundador e Ex-Presidente da Associação Brasileira de Literatura Comparada – ABRALIC, Ex-Vice-Presidente da Associação Internacional de Literatura Comparada – AILC/ICLA. Pesquisador 1 A do CNPq.

deixou de lado no Brasil a perspectiva eurocêntrica que o dominava até então, para se tornar um diálogo de culturas, registrando-se na linha de frente da reflexão sobre o país.

Palavras-chave: Literatura comparada; canon; comparatismo brasileiro; diálogo cultural.

Aunque los estudios de Literatura Comparada en Brasil se desarrollan desde mediados del siglo XX, cuando Tasso da Silveira publicó un manual sobre el modelo provisto por los franceses, y la reflexión de carácter comparatista ya estuviera presente en el discurso teórico-crítico desde la llamada era romántica, el gran impulso que tuvo la disciplina ocurre desde la década de 1970 hasta el presente, en coincidencia con la transformación por la que ha pasado en el plano internacional, después de la larga hegemonía de la perspectiva formalista norteamericana. En ese momento, en el que la disciplina ha presentado tal vez su más expresiva transformación, al pasar de un discurso unánime con fuerte tono universalista hacia otro plural y descentrado, consciente de las diferencias que identifican cada *corpus* literario en el proceso de la comparación, esta logró florecer con vigor en Brasil, inscribiéndose en la primera línea de reflexiones sobre el país. Desde entonces, el comparatismo ha conquistado espacios cada vez mayores en el medio académico e intelectual brasileño, dando frutos de significativa relevancia. Con todo, antes de tratar del rol que la Literatura Comparada ha jugado en el contexto brasileño, propondremos algunas consideraciones sobre las transformaciones por las que ha pasado la disciplina en el periodo mencionado.

Marcada inicialmente por una perspectiva de carácter historicista, basada en principios científico-causalistas, propios del momento y del contexto histórico en que se configuró, y seguida por una óptica predominantemente formalista, que ha convivido con voces disonantes de gran relevancia, la Literatura Comparada pasó su primer siglo de existencia en medio de intensos debates, pero apoyada en pilares firmes, de tintes nítidamente etnocéntricos, que poco han cambiado en todo ese tiempo. Entre esos pilares, que permanecieron prácticamente inamovibles hasta los años de 1970, es imposible dejar de reconocer la pretensión de universalidad con que se ha confundido el cosmopolitismo de los estudios comparatistas, presente ya desde sus primeras manifestaciones, y el discurso de apolitización defendido sobre todo por los supervivientes de la llamada “Escuela Americana”, que dominó este campo a mediados del siglo XX. El primero se expresa por la idea de que, pese a la diversidad y multiplicidad del fenómeno, es posible constituir un discurso homogéneo sobre la literatura, que presupone que esta existe en una especie de “aura” que trasciende cualquier barrera; el segundo se resume en afirmaciones como la de que la Literatura Comparada es el estudio de la Literatura, independientemente de fronteras lingüísticas, étnicas o políticas, y que no debe por tanto dejarse afectar por circunstancias, por ejemplo, de orden económico, social o político.

Estos dos tipos de discurso presentan variaciones en su superficie, pero cuentan, en el fondo, con un importante denominador común –el carácter hegemónico de su construcción–, y ha sido sobre este dato fundamental que se basó gran parte de la crítica realizada a partir de entonces al comparatismo tradicional. En nombre de una seudodemocracia de las letras, que pretendía construir una historia general de la literatura o una poética universal desarrollando un instrumental común para el estudio del fenómeno literario, independientemente de circunstancias específicas, los comparatistas, procedentes en su mayoría del contexto euro-norteamericano, se ocuparon (conscientemente o no) de extender a otras literaturas los parámetros establecidos a partir de reflexiones desarrolladas sobre el canon literario europeo (y por europeo entiéndase el canon constituido básicamente por obras literarias de las potencias económicas

del oeste del continente). El resultado inevitable fue la supervaloración de un sistema determinado y la identificación de este sistema con lo universal. Del mismo modo, la idea de que la literatura debería ser abordada con un enfoque apolítico, sólo servía para camuflar una actitud prepotente de reafirmación de la supremacía de un sistema sobre los demás.

El cuestionamiento de esa postura universalista, totalitaria, y la desmitificación de la propuesta de apolitización, que se han vuelto una preocupación fundamental de la Literatura Comparada a partir de los años 1970, actuaron de modo diferente en los centros hegemónicos y en los focos de estudios comparatistas hasta entonces considerados periféricos; pero en ambos contextos se produjo un fenómeno similar: la aproximación cada vez mayor del comparatismo hacia cuestiones de identidad nacional y cultural. En el eje Europa Occidental/ Norteamérica, el núcleo fundamental de las preocupaciones se desvió hacia los grupos minoritarios de carácter étnico o sexual, cuyas voces comenzaron a alzarse cada vez con más vigor, buscando foros para debatir formas alternativas de expresión, mientras en las otras partes del mundo se clamaba un cambio por una mirada que hiciera posible enfocar las cuestiones literarias allí surgidas a partir del propio *locus* donde se ubicaba el investigador. La preocupación por la historiografía, la teoría y la crítica literarias siguió siendo relevante en los contextos mencionados, pero pasó a asociarse directamente a la praxis política cotidiana. Las discusiones teóricas vueltas hacia la búsqueda de universales dejaron de tener sentido y su lugar fue ocupado por cuestiones localizadas, que pasaron a dominar la agenda de la disciplina: problemas como las relaciones entre una tradición local y otra importada, las implicaciones políticas de la influencia cultural, la necesidad de revisar el canon literario y los criterios de periodización.

Esa descentralización verificada en el ámbito de los estudios comparatistas, ahora mucho más orientados hacia cuestiones contextualizadas, amplió en gran medida el carácter internacional e interdisciplinario de la Literatura Comparada, que pasó a englobar una compleja red de relaciones culturales. La obra o la serie literarias no podían ya ser abordadas desde una óptica exclusivamente estética; como productos culturales, había que tener en cuenta sus relaciones con los demás campos del saber. Además, elementos que hasta entonces habían servido de referencias seguras en los estudios comparatistas, como los conceptos de “nación” e “idioma”, cayeron hechos trizas, y la tradicional dicotomía entre Literaturas Nacionales y Literatura Comparada sufrió un duro golpe. La perspectiva lineal del historicismo dejó paso a una visión múltiple y mutable, capaz de dar cuenta de las diferencias específicas, de las formas disyuntivas de representación que significan un pueblo, una nación, una cultura, y los conjuntos o series literarios debieron ser vistos desde una óptica plural que considerara tales aspectos. Categorías como Literatura Chicana, Literatura Afroamericana o Literatura Femenina empezaron a formar parte de los estudios comparatistas, mientras bloques como Literatura Occidental, Literatura Oriental, Africana o Latinoamericana, instituidos por los centros hegemónicos, se revelaron como construcciones frágiles, y adquirieron un aspecto nuevo, oscilante, de conformidad con la visión que los enfocara.

El cambio de visión operado en el seno del comparatismo como resultado de la conciencia del tono etnocéntrico que lo había dominado en fases anteriores prestó un nuevo aliento a la disciplina, que alcanzó una enorme efervescencia precisamente en aquellos sitios que antes habían tenido una posición marginal y ahora se han convertido en polos fundamentales del debate internacional. En estos lugares, entre los cuales se ubica Brasil, como toda América Latina, donde no hay ningún sentimiento de incompatibilidad entre Literaturas Nacionales y Literatura Comparada, el modelo euro-céntrico que había servido hasta ahora de referencia ha sido cada vez más cuestionado y los paradigmas tradicionales dejaron paso a construcciones alternativas ricas y flexibles, cuya principal preocupación reside en la

articulación de la percepción de los productos culturales locales respecto de los de otras culturas, especialmente aquellas con las que los primeros han tenido vínculos de subordinación. El desafío planteado por teóricos como Edward Said, Homi Bhabha y Gayatri Spivak al proceso sistemáticamente llevado a cabo por las naciones colonizadoras de “inventar” otras culturas alcanza una gran repercusión, dando origen, en lugares como India, África y América Latina, a reivindicaciones para la constitución de una historia literaria basada en la tradición local, cuyo rescate se había vuelto indispensable. El elemento político del comparatismo es ahora no solo asumido conscientemente sino inclusive enfatizado, y surge una necesidad imperativa de revisar los cánones literarios.

Fundamental dentro del panorama actual de la Literatura Comparada, la “cuestión del canon”, como ha sido denominada, constituye uno de los frentes más importantes en la lucha contra el eurocentrismo que se está llevando a cabo en los medios académicos, pues discutir el canon es nada menos que poner en jaque un sistema de valores instituido por los grupos detentadores del poder, que han legitimado decisiones particulares con un discurso generalizador. Un curso sobre las “grandes obras”, por ejemplo, tan frecuente en Literatura Comparada, casi siempre estuvo circunscrito al canon de la tradición occidental (en realidad, a la tradición de unos pocos países poderosos del occidente europeo, que mantenían una política cultural de corte hegemónico), y se ha basado siempre en premisas que, o bien ignoraban por completo toda producción ajena a un ámbito geográfico restringido, o bien tocaban tangencialmente esa producción, incluyendo como una especie de concesión una u otra de sus manifestaciones. Las reacciones a esta postura han surgido de forma variada, y con matices diferenciados que dependen del lugar de donde parten. En los países hegemónicos es obviamente una vez más de parte de los llamados “grupos minoritarios” que proceden las principales indagaciones, y, en los contextos periféricos, la cuestión se ha convertido en una constante, llegando a constituir en algunos casos una de las principales reivindicaciones del proceso de descolonización cultural.

Amplia, compleja y variada, la cuestión del canon literario no puede ser tratada aquí con la atención que requiere, pero cabe mencionar que abarca desde la exclusión de una producción literaria vigorosa, proveniente de los grupos minoritarios, en los centros hegemónicos, y del silenciamiento de una tradición literaria significativa en los países que han pasado por procesos de colonización recientes, como India, hasta problemas relativos a la especificidad o no del elemento literario, los patrones de apreciación estética y el establecimiento de fronteras entre constructos como Literaturas Nacionales y Literatura Comparada. Con la desconstrucción de los pilares en que se apoyaban los estudios literarios tradicionales y la indefinición instaurada entre los límites que funcionaban como referenciales, el canon o los cánones tradicionales pasan a carecer de cualquier fundamento, lo que afecta toda la estructura de la Historiografía, la Teoría y la Crítica literarias. Cómo construir cánones, lo mismo en el ámbito nacional que en el internacional, que contemplen las diferencias reivindicadas por cada grupo o nación, y cómo atribuir a estas nuevas construcciones un carácter suficientemente flexible que les permita someterse a constantes reformulaciones, son preguntas que se plantean hoy en este suelo tan movedizo. Y ¿es posible –se podría indagar también– instituir cánones con tal flexibilidad que no se cristalizaran, volviéndose nuevas imposiciones? ¿Serían estos todavía cánones?

Preguntas como estas se hallan casi siempre sin respuesta en la agenda del comparatismo, sobre todo después del desarrollo de los llamados Estudios Culturales y Poscoloniales, que han atacado, con saña nunca vista, el etnocentrismo de la disciplina. La crítica a este elemento, expresado a través de un discurso pretendidamente liberal pero que escondía un fondo autoritario y totalizador, se había iniciado ya en los tiempos de Wellek y

Étiemble, y si observamos la práctica de la Literatura Comparada veremos que ella nunca dejó de estar presente de maneras distintas a lo largo de su evolución. Aun así, en la mayoría de los casos tal crítica se ha manifestado bajo la forma de una oposición binaria que paradójicamente seguía tomando como referencia al elemento europeo. Conscientes de que no se trata ya de una simple inversión de modelos, de la sustitución de lo que antes era considerado central por su antítesis periférica, los comparatistas actuales que cuestionan la hegemonía de las culturas colonizadoras abandonan el paradigma dicotómico y se lanzan a la explotación de la pluralidad de caminos abiertos como resultado del encuentro entre colonizador y colonizado. La consecuencia es que el comparatista se encuentra frente a un laberinto, hermético pero fructífero, creado por la desjerarquización de los elementos envueltos en el proceso de la comparación, y su tarea principal pasa a residir en esa construcción de algo abierto, en ese viaje de descubrimiento desprovisto de cualquier marco definido.

Marcados profundamente por un proceso de colonización todavía hoy vivo desde el punto de vista cultural y económico, los estudios literarios en Brasil han sido siempre moldeados a la manera europea, y basta una simple mirada hacia cuestiones como las que han sido consideradas aquí para que esa circunstancia se vuelva evidente. La práctica de comparar autores, obras o movimientos literarios ya existía hace mucho en el país, pero según una óptica tradicional, basada a la manera francesa en los célebres estudios de fuentes e influencias que, además, se realizaban por vía unilateral. Se trataba de un sistema nítidamente jerarquizado, por el cual un texto fuente o primario, tomado como referencia en la comparación, quedaba envuelto en un aura de superioridad, mientras el otro término del proceso, considerado deudor del primero, era visto con desventaja y relegado a un nivel secundario. Como siempre que este método se empleaba en el estudio de la Literatura Brasileña el texto fuente era una obra europea, o más recientemente norteamericana, la situación de desigualdad emergente del proceso se explicitaba de inmediato. El resultado inevitable era la acentuación de la dependencia y la ratificación incontestable del estado de colonialismo cultural aún dominante.

Este tipo de comparatismo había encontrado en Brasil un suelo propicio para su florecimiento, sembrado ya en buena parte por poderosos aliados en el campo de la Historia y de la Teoría literarias: una historiografía ajena e inadecuada y un método que podríamos designar como “aplicación” de modelos teóricos considerados universales. En el primer caso, basta acordar la cuestión de la periodización literaria, que siempre ha tomado por base movimientos o escuelas surgidos en Europa y ha encarado las manifestaciones locales como extensiones de los primeros, reduciéndolos a una especie de simple reflejo de los modelos foráneos. Y en el segundo caso, cítese la aplicación dogmática, tanto en la Crítica como en la enseñanza de la Literatura, de postulados de corrientes teóricas europeas a cualquier obra literaria, sin tener en cuenta las especificidades que las caracterizan y las diferencias entre su contexto histórico-cultural y el contexto donde ellas habían brotado. Tales formulaciones habían surgido de reflexiones sobre un *corpus* literario de Europa Occidental pero, al ser generalizadas, homologaban la identificación, cara a los europeos, de su cultura con lo universal.

Esta práctica, que había alcanzado su apogeo en los años dorados del Estructuralismo francés, empezó a ser puesta en jaque en Brasil a partir de fines de la década de 1970, y para eso han contribuido de modo decisivo la Deconstrucción, con su énfasis sobre la noción de diferencia, y la revaloración de la perspectiva histórica, que volvió a llamar atención hacia la importancia del contexto. El cuestionamiento de nociones cristalizadas como las de autoría, copia, influencia y originalidad, emprendidas por los filósofos posestructuralistas, tuvo gran repercusión en el medio intelectual brasileño, lo que condujo a los críticos y teóricos de la

literatura a reestructurar los conceptos y categorías que utilizaban. Ahora, en los abordajes comparatistas, el texto segundo no es más simplemente el “deudor”, sino también el responsable por la revitalización del primero, y la relación entre ambos, en vez de unidireccional, adquiere sentido de reciprocidad, volviéndose consecuentemente más rica y dinámica. Lo que pasa a prevalecer en la lectura comparatista no es más la relación de semejanza, que pone el segundo texto siempre en desventaja, sino el elemento diferenciador que este último introduce en el diálogo intertextual establecido con el primero.

Aunque dicho cambio de perspectiva ocurrida en el seno del comparatismo se haya originado una vez más en el medio intelectual europeo, este ha aportado una expresiva contribución a los estudios de Literatura Comparada que involucraban la producción brasileña. Ahora, lo que se caracterizaba como copia imperfecta del modelo instituido por la cultura central pasa a ser visto como respuesta creativa, y la infracción a la norma se valoriza por la desacralización que efectúa del objeto artístico. Los criterios hasta entonces incuestionables de originalidad y anterioridad son echados por tierra y el valor de la contribución brasileña pasa a residir exactamente en la manera como ella se apropia de las formas literarias europeas y las transforma, confiriéndoles nuevo vigor. Además, se pasa a estudiar también, lo que antes era inconcebible, la actuación de esta literatura sobre la europea y norteamericana, e incluso sobre otras literaturas no pertenecientes a ninguna de esas esferas. Sin embargo, es necesario señalar que no se trata de una mera inversión del modelo-patrón del comparatismo tradicional ni de una simple extensión del paradigma eurocéntrico a otros sistemas periféricos. Lo que se busca ahora es el establecimiento de un diálogo en pie de igualdad entre las diversas literaturas, asegurándose la transversalidad propia de la disciplina.

La otra tendencia del pensamiento contemporáneo que ha contribuido al cuestionamiento de la visión de mundo eurocéntrica –la revaloración de la perspectiva histórica– también ha encontrado un terreno fértil en el campo de los estudios literarios brasileños. En un contexto en el que corrientes como el marxismo y el historicismo siempre han tenido una gran penetración, y cuestiones como la de la dependencia económica siempre han estado en el centro de cualquier debate de un orden político o cultural, la idea de que las manifestaciones literarias constituyen redes de relaciones y solo pueden ser suficientemente comprendidas cuando son abordadas por un óptica global que dé cuenta de esas relaciones, ha reencendido la llama de antiguas disputas que se habían enfriado con el dominio del Estructuralismo y ha abierto amplias y fructíferas posibilidades para un nuevo tipo de comparatismo. De acuerdo con este, no basta insistir en la importancia de las diferencias brasileñas sino estudiar la relación de estas diferencias con el sistema del que forman parte –la literatura del país en sus diversos registros– e investigar el sentido que asumen en el cuadro general de la tradición literaria occidental.

Es en el estudio de las relaciones de las especificidades del proceso de apropiación con el sistema literario y cultural brasileño, de manera general, donde el comparatismo presenta su más expresiva transformación en Brasil, pasando de una investigación mecánica y unilateral a una disciplina de abordaje del fenómeno literario capaz de desencadenar un verdadero diálogo cultural. El comparatismo es, como afirmó Claudio Guillén en su libro hoy clásico *Entre lo uno y lo diverso*, “una disciplina decididamente histórica” y, como la literatura brasileña, por las propias circunstancias en las que ha sido engendrada, porta como marca una dialéctica entre lo local y lo universal, es en esta pluralidad que ella debe ser aprehendida. La Literatura Brasileña recibe, sin duda, fuerte influencia de la europea, y asimila una serie de aspectos tanto de esta como de otras literaturas. Pero ella modifica sustancialmente tales aspectos en el momento de la apropiación, pasando a presentar elementos distintos muchas veces resultantes de este proceso.

Es lo que ha pasado, por ejemplo, con el Modernismo de 1922, originado por un lado en la transculturación de las diversas Vanguardias europeas y, por el otro, por una relectura crítica de la tradición literaria del país, sobre todo del periodo romántico.

Es verdad que como contrapartida a la propia condición colonial del país los intelectuales brasileños ya habían desarrollado, al largo de todo ese tiempo, una fuerte tradición de búsqueda de identidad, tanto en la propia literatura como en la ensayística. Pero el comparatismo que allí se producía seguía, de modo general, aprisionado ya al modelo francés de carácter historicista, ya a la perspectiva formalista norteamericana. Con los cambios efectuados desde la década de 1970 hasta el presente, el comparatismo parece haber encontrado su rumbo, y hoy día constituye uno de los focos de mayor efervescencia en los estudios brasileños. Asociándose a la preocupación por la búsqueda de identidad, ahora no más enfocada desde una óptica ontológica sino como construcción pasible de cuestionamiento y renovación, la Literatura Comparada en Brasil parece haber asumido con firmeza la necesidad de enfocar la producción literaria del país a partir de una perspectiva propia, y va buscando un diálogo verdadero en el plano internacional y transcultural. De este modo, cuestiones como las de la Crítica y la Historiografía literarias adquieren una nueva dimensión y los modelos teóricos se relativizan, dando lugar a una reflexión más eficaz.

Todos estos aspectos que abordan las diferencias brasileñas revelan la ineficacia de transferir paradigmas de una cultura para otra. La propia idea de "literatura nacional", concebida en el medio académico europeo con base en nociones de unidad y homogeneidad, no puede ser aplicada sin problemas a la realidad híbrida de países como Brasil. Cualquier concepción monolítica de la cultura brasileña está hoy siendo puesta en jaque y sustituida por propuestas que busquen dar cuenta de su hibridez y pluralidad. Dichas propuestas, diversificadas y sujetas a un constante escrutinio crítico, indican la pluralidad de caminos que el comparatismo va dibujando en el país, en consonancia con las tendencias generales de la disciplina, observables principalmente en los demás contextos vistos hasta hace poco como periféricos y hoy día polos fundamentales de los estudios comparatistas. La Literatura Comparada es actualmente en Brasil, sobre todo después de la creación de la Asociación Brasileña de Literatura Comparada (ABRALIC), una disciplina amplia y movediza, con innumerables posibilidades de exploración, que ha traspasado la preocupación totalizadora de sus momentos anteriores y se ha erigido como un diálogo transcultural, basado en la aceptación de las diferencias.

Referencias

- AHMAD, A. *Classes in Nations, Theory, Literature*. Londres: Verso, 1992.
- AMIN, S. *Eurocentrism*. Trad. Russel Moore. N. York: Monthly Review Press, 1989.
- BASSNETT, S. *Comparative Literature: A Critical Introduction*. Oxford: Blackwell, 1993.
- BERNHEIMER, Ch., org. *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1995.
- BERTENS, H. & FOKKEMA, D., orgs. *International Postmodernism: Theory and Literary Practice*. Amsterdam: John Benjamins, 1997.

- BEVERLY, J. & OVIEDO, J., orgs. *The Postmodernism Debate in Latin America*. A Special Issue of *Boundary 2*. Vol. 20, no. 3, Duke University Press, 1993.
- BHABHA, H., org. *Nation and Narration*. Londres: Routledge, 1990.
- CHANADY, A., org. *Latin American Identity and Constructions of Difference*. Minneapolis: University of Minesota Press, 1994.
- COSTA LIMA, L. *Pensando nos trópicos*. Rio de Janeiro: Rocco, 1991.
- COUTINHO, E. *Literatura Comparada: reflexões*. São Paulo: Annablume, 2013.
- COUTINHO, E. & CARVALHAL, T., orgs. *Literatura Comparada: textos fundadores*. 2ª ed. Rio de Janeiro: Rocco, 2011.
- GUILLÉN, C. *Entre lo uno y lo diverso*. Introducción a la Literatura Comparada. Barcelona: Ed. Crítica, 1985.
- HEISE, U., org. *Futures of Comparative Literature*. ACLA State of the Discipline Report. N. York: Routledge, 2017.
- LAUTER, P. *Canons and Contexts*. Oxford: Oxford University Press, 1991.
- PIZARRO, A., org. *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985.
- RAMA, Á. *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI, 1982.
- SAID, E. *Culture and Imperialism*. N. York: Vintage Books, 1993.
- SAUSSY, H., org. *Comparative Literature in the Age of Globalization*. Baltimore: John Hopkins University Press, 2006.
- TODOROV, T. *La conquête de l'Amérique: la question de l'autre*. Paris: Seuil, 1982.
- TOMLISON, J. *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*. John Hopkins University Press, 1991.
- VALDÉS, M. & KADIR, D., orgs. *Literary Cultures of Latin America: A Comparative History*. 3 vols. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- WILLIAMS, P. & CHRISMAN, L., org. *Colonial Discourse and Postcolonial Theory*. A Reader. N. York: Columbia University Press, 1994.
- YÚDICE, G., FRANCO, J. & FLORES, A., org. *On Edge: The Crisis of Contemporary Latin American Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992.

Recebido em: 02/04/2022

Aceito em: 15/05/2022